


colección alandar 

Trumpet

Mónica Rodríguez

EDELVIVES

Dirección editorial:
Departamento de Literatura GE

Dirección de arte:
Departamento de Diseño GE

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Fotografía de cubierta:
Dollarphotoclub

© Del texto: Mónica Rodríguez
© De esta edición: Grupo Editorial Luis Vives, 2016

Impresión:
Edelvives Talleres Gráficos. Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

ISBN: 978-84-140-0123-3
Depósito legal: Z 1441-2015

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El 0,7% de la venta de este libro se destina a proyectos de desarrollo de la ONGD SED (www.sed-ongd.org).

FICHA PARA BIBLIOTECAS

RODRÍGUEZ, Mónica (1969-)
Trumpet / Mónica Rodríguez. – 1ª ed. – [Zaragoza] : Edelvives, 2016
123 p. ; 22 cm. – (Alandar ; 150)
ISBN 978-84-140-0123-3
1. Música. 2. Pobreza. 3. Solidaridad. 4. Perros. I. Título. II. Serie.
087.5:821.134.2-3"19"

La calle está llena de gente. Es una calle céntrica de Madrid. Hay luz, una luz de atardecer que todo lo embiste y hace zozobrar tejados, pájaros, cristales. Una chica guiña los ojos al doblar la esquina porque la luz la deslumbra. Dos hombres de traje apuran el paso. Más arriba una mujer camina con las manos en los bolsillos. Todos van con un poco de prisa. Tal vez, un viento. Y allí, en aquel rincón de la calle, un joven con un estuche o un maletín se detiene. Mira todo como si fuera la primera vez: las baldosas, la pared. O no, quizá lo mira con los ojos de la memoria y por eso nada le parece lo mismo. Sonríe para sus adentros mientras se apoya en el edificio y pone un pie contra los ladrillos rojos. Una niña camina de la mano de su madre y se queda mirándolo, pero él no se da cuenta. Abre su maletín y saca una trompeta. Le pone la boquilla, le pasa la mano como si acariciara su lomo y se la lleva a los labios. Toca.

La niña, al final de la calle, se da la vuelta.

También un anciano se ha detenido.

Nueva Orleans, 1969

El humo es azul. Una cobra encantada bajo los hilos de la trompeta. El bar está lleno de gente que bebe y mueve las rodillas siguiendo los compases. Los rostros negros y sudorosos. El trompetista hincha los carrillos y la música habla de esa pena que hiere como los metales. Un viejo negro acerca la boca al micrófono bajo la niebla del humo. La voz ronca rompe el aire repetido en los espejos.

Afuera, la calle vacía escapa como un gato negro por los tejados.

Una mujer se enfunda en su abrigo y se aleja sola en la noche. Suenan sus pasos huecos por los adoquines; apenas el murmullo, la música del bar en el aire frío de Nueva Orleans.

Enciende un cigarrillo y la hilera blanca y oscilante del humo dibuja una ese y se pierde. Cuando el trompetista deja de tocar, mira la silla vacía donde antes estaba la mujer.

—¡Eh, toca otra, Malik! —le piden.

Y el negro aprieta el metal en la boca y sopla y saca lo que lleva dentro. Esa pena agridulce y bárbara que será su pan de cada día.

Blues.

I
EL GORRO

El niño se detiene un instante, pero siente la mano que le tira y sigue caminando. Vuelve la cabeza porque eso que le ha llamado la atención continúa ahí, en el aire, confuso y metálico. Es algo que le alcanza la barriga, no sabe cómo explicarlo, porque es un sonido. Es música, claro. Escudriña entre la gente y descubre a un negro que toca la trompeta. Nadie se detiene a escucharlo y ahora ellos están tan lejos que el sonido es solo un hilo delgado entre los ruidos de la calle. Su madre mantiene el paso acelerado, tirándole del brazo para que no se detenga.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Es que no sabes lo que es la prisa?

Él no contesta. Vuelve otra vez la cabeza, pero ya apenas se ve al negro ni su trompeta.

Entran en una tienda y soporta estoicamente la prueba de camisetas y pantalones. Su madre le pone un gorro y se tapa las manos con la cara y ríe.

—¡Ay, este no, hijo, que pareces un buscavidas!

A él le gusta esa palabra, «buscavidas», y se gira para mirarse al espejo que está en una columna, detrás de un estante lleno de ropa. Apenas alcanza a ver la cabeza enfundada en aquel gorro negro, de lana, que le llega hasta los ojos, y su nariz recta, su boca grande. Sonríe. Tiene boca de negro.

—Pues a mí me gusta —dice.

Su madre le quita el gorro y lo deja en el estante. Revuelve entre los pantalones colgados en hilera. Él lo vuelve a coger, lo oculta y, a la hora de pagar, lo deja en el mostrador. La madre lo mira con cara de pocos amigos.

—A mí me gusta —repite el niño.

Al fin gana y se lleva el gorro.

—Conmigo no te lo pongas, ¿eh? —le advierte su madre.

De nuevo caminan con rapidez por la calle y él se pone el gorro de lana. De repente, la madre se detiene y ríe.

—¡Pero si ya no tenemos prisa, que ya hemos acabado con las compras! ¿Quieres tomarte un chocolate?

Él asiente y su madre arruga el entrecejo al ver que el gorro le tapa los rizos y casi le oculta los ojos. Vacila y al fin vuelve a reírse.

—Eres tan cabezota como tu padre. Anda, vamos.

Se gira con las bolsas de la compra, que suenan a plástico, y entran en una cafetería. Mientras su madre

busca una mesa y pide al camarero y deja las bolsas, todo con ímpetu, con una decisión un poco violenta, él se acerca a la ventana y apoya la mano en el cristal. El frío en los dedos.

Al otro lado de la calle, en el vacío intermitente que dejan los coches, se ve el trozo de acera donde está el negro tocando. No se oye su música, por supuesto, ni se distinguen los rasgos del hombre. Pero sí lo ve encorvarse y estirarse, imagina que al ritmo de ese sonido afilado que escuchó antes y que es como un viento, imagina otra vez, que se enreda en las entrañas, y ve al viento real levantarse de pronto en la calle. Las haldas del abrigo del negro se abren como dos alas de cuervo. El músico no deja de tocar hasta que el viento también arrastra una tela roja que hay en el suelo.

—¿Quieres venir y sentarte, hijo? Ya tienes el chocolate.

Él dice sí, pero no se mueve. Ve cómo el negro se agacha y recoge aquella tela roja que es un pañuelo, deduce, con el que luego limpia el metal de su trompeta, que guarda en un estuche o una bolsa negra, no lo distingue bien.

—Hijo, que estás todo el día como ido. Ven.

Y el niño se gira y ve a su madre con el ceño fruncido otra vez, y dos tazas en la mesa, y vuelve la cabeza, pero el hombre ya no está. De un salto alcanza su silla. Antes de que pueda llevarse el chocolate a la boca, la madre mueve una mano con decisión y le quita el gorro. Él siente una corriente de aire atravesando sus rizos. Y ella:

—Mucho mejor así. ¡Hay que ver! —le dice, con los dedos como gusanos, peinándole.

Él recupera el gorro y lo guarda en el bolsillo de su abrigo. No cabe entero, y una parte cuelga hecha un gurruño.

—¿Está rico el chocolate?

—Sí.

Está sentado de espaldas a la ventana, y la luz que entra cae a los lados de su silueta. Le da en el rostro a su madre y le amarillea los ojos.

—¿Puedo tomarme otro?

—No, hijo, otro no.

Ella mira hacia la ventana y mueve sus párpados, los ojos como ausentes siguiendo el rastro de alguien. Él se gira y ve medio cuerpo y la coronilla de una cabeza y una mano que agarra el asa de una bolsa. Es una imagen breve que se pierde por el extremo de la ventana.

Su madre mira la hora.

—Huy, qué tarde se nos ha hecho.

Recoge las bolsas, el abrigo y paga con esa energía que la caracteriza. Ya en la puerta, se da la vuelta y lo apremia:

—¡Vamos, Mateo!

Afuera hace frío y Mateo se pone el gorro.